

María Elena
Figueroa Díaz

La violencia de género como estrategia masculina para afrontar el cambio en las mujeres

El caso de socias y socios de una empresa rural en Oaxaca

Resumen: Este artículo analiza, desde la perspectiva teórica de las representaciones sociales, el ejercicio y la justificación de la violencia, a partir del argumento de la infidelidad femenina, de varones campesinos oaxaqueños que se ven amenazados por el creciente fortalecimiento de sus esposas, a partir de la participación de ellas en una empresa de procesamiento y distribución de alimentos tradicionales. La violencia hacia las mujeres es vista como una estrategia de afrontamiento ante la presencia de nuevos elementos en las representaciones sociales de la mujer, del hombre y de la violencia.

Abstract: From a theoretical perspective of social representations, this article analyses the exercise and justification of violence practiced by Oaxacan male peasants with the argument of infidelity from their partners or wives who seem to threaten these males, due to the increasing strengthening of these women derived from their working in an enterprise which processes and distributes traditional foods. Violence towards women is contemplated as a confronting strategy when encountering those new elements in the social representations of women, of men and of violence.

Résumé : Dans la perspective théorique des représentations sociales, cet article analyse l'exercice et la justification de la violence, à partir de l'argument d'infidélité féminine avancé par les hommes de Oaxaca qui se voient menacés par l'assurance grandissante de leurs épouses, depuis qu'elles travaillent dans une entreprise de traitement et de distribution d'aliments traditionnels. La violence envers les femmes est vue comme une stratégie d'affrontement face à l'émergence de nouveaux éléments dans les représentations sociales de la femme, de l'homme et de la violence.

[violencia contra la mujer, infidelidad, masculinidad, fortalecimiento, ser proveedor]

En un mundo en el que todas las personas están bajo el riesgo de numerosas formas de violencia, las mujeres y los niños son especialmente vulnerables; pero también lo son los varones que, por su condición étnica y de clase, y por su situación económica crítica, se ven constreñidos por diversas expresiones de poder. Se ha hablado mucho sobre violencia de género, intrafamiliar o doméstica, de violencia contra las mujeres en sus variantes física, sexual y psíquica. Se ha puesto un gran énfasis, y con razón, en la posición de víctima que ocupan miles de mujeres en el mundo entero. Sin embargo, desde una perspectiva social y, más concretamente, desde la teoría de las representaciones sociales, es necesario ver las relaciones de poder (que pueden incluir manifestaciones de violencia) como sociales, relacionales, en las cuales la violencia ejercida y sufrida se percibe dentro de un marco estructurado por los sistemas locales de género que incluyen representaciones sociales de lo que son y deben ser los hombres y las mujeres, y que involucra a ambos en la dinámica de tales sistemas.

En este ensayo nos centraremos en analizar lo que le ha sucedido a algunos hombres que no han podido cumplir con su papel de proveedor y que, ante mujeres recientemente fortalecidas por una nueva realidad laboral, y ante el hecho de no tener una representación social de la mujer emancipada lo suficientemente consolidada, recurren a la violencia, apoyándose en el imaginario de la infidelidad femenina.

No podemos soslayar el intrincado y complejo tejido social que involucra la realidad de la violencia de género. La agresión de los hombres hacia las mujeres es parte de la designación de poder atribuida al género masculino; la violencia, concatenada a otros comportamientos asumidos como masculinos (Furedi 1983), emerge de un imaginario formulado desde la división

absoluta, dentro del sistema de género, de los varones y las mujeres, que estructura mentalidades, disposiciones, actitudes y psiques. Históricamente, se naturalizan y se invisibilizan numerosas y continuas formas de violencia hacia las mujeres, desde su reclusión a los espacios privados, hasta formas patentes y extremas de violencia sobre su cuerpo, sus emociones y su mente. En ese sentido, la violencia se asume como la otra cara de la razón, en tanto ejercicio, imparcial, normal y “justo”, de esa razón que le pertenece al varón simplemente por serlo (Seidler 2002). La mujer, vulnerable por su condición de desventaja, inserta en el orden de la violencia simbólica, asumiendo como normal y natural la coerción, y tramando constantemente formas de resistencia, de violencia pasiva, de alianzas con el hombre para agredir a otras mujeres, de justificación de la agresión masculina, o de rebeldía, en el mejor de los casos, se puede ir liberando muy lentamente, casi de manera imperceptible, del yugo violento de las relaciones de dominación que le ha tocado vivir. Ella juega un papel cómplice, ejerce violencia, sobre todo si su edad, estatus social y capital simbólico lo permiten, sobre otras mujeres o sobre algunos hombres que se ubican en una situación de subordinación. A su vez, los varones, socializados para el control y la dominación, muchas veces padeciendo ese destino, experimentan el malestar propiamente masculino de tener que cumplir con expectativas a veces difíciles de sostener.

Este cuadro descrito es familiar en la vida de las mujeres y los hombres de un pequeño pueblo de Oaxaca de ascendencia zapoteca. Algunos de ellos han comenzado a transformar sus vidas, a partir de la creación de una empresa que ha transformado a las mujeres en campesinas “empresarias” (que ensayan formas de libertad, que toman decisiones, que intentan jugar el papel de proveedoras y de jefas), y que ha colocado a los varones vinculados a ellas en una situación de vulnerabilidad y de amenaza a su posición dominante.

En el presente artículo se hace un análisis, a partir de un trabajo de campo etnográfico, de la violencia ejercida por algunos varones contra sus esposas¹ en el contexto del cambio que están experimentando los miembros de una empresa que procesa y distribuye productos gastronómicos orgánicos en un poblado ubicado en los valles centrales de Oaxaca. Esta empresa es un proyecto que funciona desde 1999, y que juega un papel central en la vida de sus participantes. Observamos que la transformación en las relaciones de género de socias y socios está modificando la representación social de ser mujer y ser hombre que ellos mismos detentan; de este modo, la violencia percibida contra la mujer, en tanto representación, se ha alterado sustancialmente y, con ello, su ejercicio y su recepción. La violencia estructural hacia la mujer, producto del sistema local de género, sigue constriñendo las posibilidades de estas mujeres y estos hombres; sin embargo, la experiencia vivida dentro de la empresa ha permitido que se gesten cambios importantes. Mujeres y hombres han comenzado a mostrar actitudes distintas, más emergentes; condena a la violencia hacia las mujeres, relaciones de pareja más equitativas, intercambiabilidad de roles de género, preocupación por una educación no violenta para los hijos, apoyo mutuo, son manifestaciones del deseo de vivir de mejor manera que observamos en ellas y ellos.

En términos generales, se detecta en esta comunidad una marcada violencia intrafamiliar vivida por los entrevistados en su infancia; más que violencia sufrida, que por supuesto existió, se reporta violencia observada entre sus progenitores. Asimismo, se presenta una álgida violencia de las suegras en contra de las nueras, que responde a un patrón de residencia pos matrimonial patrivirilocal (D'Aubeterre 2000) vinculada a la transmisión de los recursos, en el cual las madres, que fueron agredidas por sus propias suegras, se alían con sus hijos para controlar a sus nueras, intrusas dentro de ese sistema de supervivencia. También se detecta,

1 Esta violencia contra la mujer forma parte de algo que llamaríamos violencia de género, y que implicaría también formas de violencia de parte de las mujeres hacia los hombres, y otras formas de violencia estructural que afectan a mujeres y a hombres. Aquí nos centraremos en algunos actos de violencia no sexual que aparecen en el ámbito doméstico, y utilizaremos el término “violencia de género”, y a veces “violencia hacia la mujer”, para referirnos a dichos actos.

en las relaciones de pareja, una tendencia al maltrato físico y psicológico (que ha ido disminuyendo, al decir de los entrevistados), y que las mujeres y los hombres asocian básicamente con el alcoholismo y con la real o supuesta infidelidad femenina. Mientras las mujeres tienden a ejercer violencia psicológica, los hombres ejercen tanto violencia física como psicológica.

Todas estas formas de violencia tienen que ver con la desigualdad entre hombres y mujeres, estructurada por el sistema local de género, que adjudica características, valores, cualidades, espacios, tareas y posibilidades distintas a hombres y a mujeres, y que determina que éstas se encuentren en una situación de desventaja y dominación frente a los hombres. En ese sentido, la violencia contra la mujer resulta ser un mecanismo social que emerge desde, y se sustenta en pautas culturales profundamente arraigadas y asumidas por los que la ejercen, la sufren o la presencian; por ello es también violencia simbólica (Bourdieu 2005). En ese sentido, la percepción del alcoholismo como causa de la violencia de género nos habla de la imposibilidad de detectar las verdaderas razones de la misma; el alcohol es más disparador que causa de la violencia. Lo mismo sucede con la infidelidad como causa aparente, y no siempre real, que encubre, además de los celos y el miedo a la infidelidad, la desesperación ante la pobreza y el desempleo. Cabe destacar que, aunque el alcoholismo no sea razón real de la violencia de género (no en todos los casos), es un grave problema que causa estragos en la salud y en las relaciones familiares y sociales de esta comunidad. Para Mireya, una socia antigua de la empresa, casi no hay violencia en el pueblo, pero sí mucho alcoholismo; Clara, otra socia, ya mayor, cuenta que la “tomadita” de su esposo casi le cuesta la vida dos veces, y desde hace años dejó de trabajar y de ganar dinero; para Paz, una socia soltera, “las parejas que no son felices no lo son por el vicio de tomar de los esposos”. En los bailes, las jóvenes suelen ir acompañadas de sus padres o de parientes, porque muchas veces los muchachos que están borrachos las sacan a bailar y tratan de violarlas.

La tesis central de este texto es que algunos hombres, acostumbrados a justificar su violencia hacia las mujeres por medio de la afirmación de que ellas les son infieles, ante la amenaza que produce el cambio observado en ellas (a partir de su incursión en la vida laboral dentro de una empresa), ejercen violencia hacia las mujeres e inventan supuestas infidelidades, al no poder asumir una actitud comprensiva frente al cambio, y al no poder justificar su violencia por el fortalecimiento que ellas muestran. La infidelidad y la emancipación amenazan la representación social que los hombres tienen de las mujeres y de sí mismos, y evidencian la fragilidad del estereotipo masculino centrado en el papel de proveedor.

REFERENTES TEÓRICOS

Partimos, para nuestro análisis, de las representaciones sociales (Jodelet 2003; Abric 1994; Guimelli 2004; Banchs 1990, 2000), que “[...] son programas de percepción, construcciones con estatus de teoría ingenua, que sirven de guía para la acción e instrumento de lectura de la realidad; sistemas de significaciones que permiten interpretar el curso de los acontecimientos y las relaciones sociales [...] y que funcionan como un lenguaje en razón de su función simbólica y de los marcos que proporcionan para codificar y categorizar lo que compone el universo de la vida” (Jodelet 2003: 10). Pueden entenderse como una serie de elementos informativos, de sentido común, afectivos, valorales, metafóricos, a partir de los cuales se construye el conocimiento “ingenuo” o común de las personas sobre diferentes fenómenos que tienen un determinado peso en su visión del mundo social y su actuación en él. La representación social es una construcción cognitiva, y también emocional, que se hace desde la historia individual y colectiva, desde la información de que dispone el sujeto pero también desde la aproximación afectiva con que se representa un fenómeno. Incluye, por tanto, información, opiniones, actitudes, creencias, sentimientos, valores

y prescripciones, que se convierten en guías para la acción. Asimismo, contiene una dimensión imaginaria,² generalmente hegemónica o dominante, así como factible de transformación.

Las representaciones sociales, además, contienen un componente normativo (Moliner 2002; Abric 1994), en tanto son guías para la acción. Determinan prácticas. A la vez, pueden ser determinadas o modificadas por aquéllas. Los cambios en las representaciones sociales y en las prácticas obedecen necesariamente a alteraciones objetivas y externas a los sujetos. En el caso de las prácticas, esto es evidente: generalmente éstas son producto de cambios externos en el espacio social, que condicionan y propician nuevas subjetividades, nuevas representaciones. Estas subjetividades contribuyen, en la medida de lo posible, y de forma gradual, a transformar prácticas y entornos.

En el caso de la representación de la violencia (específicamente contra la mujer), así como en su ejercicio y en la reacción frente a ella, hay un cambio ligado a nuevas maneras de representar el ser mujer y el ser hombre. A su vez, estas representaciones, y las nuevas prácticas asociadas a ellas, dan lugar a cambios en prácticas y actitudes con respecto a la violencia de género. Ésta es parte del sistema de género que, a su vez, es un sistema de representación social, que expresa pautas culturales interiorizadas por los sujetos y que, podríamos decir, genera *habitus* en los individuos.

Hay, como veremos, una violencia percibida, ligada a maneras de concebir a las mujeres y a los hombres. Entre la representación (y el imaginario) de la mujer, y la representación (e imaginario) del hombre, se construyen lazos insertos y avalados por la cultura, se expresan en organizaciones y prácticas sociales, se confirman colectivamente. En distintas culturas, el hombre se asume como fuerte físicamente, racional, activo, dominador y controlador, asociado a la cultura; la mujer, como débil, pasiva, emocional, asociada, a través de la maternidad, a la naturaleza, a los ciclos biológicos, a la capacidad nutricia y a la sexualidad ilimitada. Desde cierta perspectiva (Vargas 2002), las características asociadas a la mujer, desde tiempos arcaicos, generan miedo en el hombre, y este miedo produce hostilidad. Ante el miedo, que debe ser ocultado (porque el miedo feminiza, al contrario de la ira, emoción masculina por excelencia, que desencadena hostilidad), la opción es la violencia: ésta, al someter y controlar, deja al hombre (y a toda instancia detentadora del poder) intacto en su posición de ventaja.

El eje central de este trabajo parte de una estrategia que algunos de los teóricos de las representaciones sociales (Wagner 1995) han detectado, a saber: la estrategia colectiva de afrontamiento simbólico, que es un mecanismo para poder asimilar el cambio vivido en el orden de la representación. Cuando la representación de un objeto es modificada por elementos novedosos y desconocidos, puede haber una tendencia a la resistencia, a la negación, a la justificación, así como una propensión a explicar lo nuevo a partir de lo antiguo y conocido.

CONTEXTO

Camino a Puerto Escondido, por la carretera a Sola de Vega que nace en la ciudad de Oaxaca, se ubica el pueblo de Santa María de Aldama, cabecera del municipio del mismo nombre. Se encuentra en la región de los valles centrales, dentro del distrito de Zimatlán de Álvarez. El poblado se encuentra a 55 km de la ciudad de Oaxaca; el trayecto entre ambos lugares dura

2 De hecho, las representaciones sociales tendrían una naturaleza similar a la de los imaginarios, concebidos como la realidad percibida, interpretada y estructurada (López Levi 2008). El imaginario no sólo representa, sino que gesta, produce. A su vez, la representación social, que contiene una dimensión imaginaria, también condensa información, genera pautas de acción; es sentido común y muchas veces banalizado; frecuentemente dista de ser creativo y original, se satura de datos provenientes de los medios de información y de los discursos diarios, y se limita a contener elementos estrictamente funcionales, de uso y aceptación común.

...es la empresa
la que confiere
respetabilidad,
visibilidad y posibles
ganancias. Para
ellas, la empresa
se vendería abajo si
estuviera a cargo de
los varones

cerca de una hora en auto; casi dos horas en autobús. En 1990, la población total ascendía a 5 931 habitantes; hacia 2000, la población se redujo a 5 597 habitantes. Según el conteo de población y vivienda de 2005, la población decreció y se registraron 4 385 habitantes. Existen cerca de 300 mujeres más que hombres.

El municipio cuenta con un grado de marginación alto. Falta agua entubada, drenaje y sanitarios; en algunos casos, las casas, o parte de ellas, como las cocinas y letrinas, tienen piso de tierra; hay altos porcentajes de analfabetismo y primaria incompleta. Existen dos preescolares, cuatro escuelas primarias, y una secundaria. Para estudiar el bachillerato es necesario ir a Zimatlán o a Oaxaca. En 1990 se registró 40% de analfabetas de más de cinco años; porcentaje que en 1982 era de 51.73%. La mayoría de la población ha cursado algunos años de la primaria. En 2000, de 3 656 habitantes, 320 hombres y 593 mujeres de más de 15 años eran analfabetas; 1 369 hombres y 1 370 mujeres sabían leer y escribir. En el año 2000, 53% de los niños y jóvenes de 6 a 24 años iban a la escuela. Muchos jóvenes, en edad adecuada para ir a la secundaria, prefieren trabajar un poco en el pueblo o en los alrededores, y migrar. Existe, además, un centro de salud rural de población dispersa.

En lo que respecta a los ingresos por trabajo, las remesas, fruto de la migración, compensan el resultado de las actividades económicas locales. Aquí, como en cientos de localidades mexicanas, la migración, desde la época del programa bracero (1942-1964) y, sobre todo, a partir de mediados de la década de los 1980, ha sido una salida frente a la situación de precariedad, que ha paliado los niveles de pobreza de las comunidades.

No hay mucha actividad productiva. Hay tierras que no se usan ya. El campo que rodea el pueblo es propiedad comunal. Muchos habitantes van al monte a recoger leña o hierbas comestibles; pero también podrían sembrar de manera gratuita y los terrenos están inutilizados. En 2005 se registraron 1 533 personas económicamente activas, de las cuales, 66% trabaja en el sector primario (en agricultura y ganadería); 13% pertenece al sector secundario (construcción); 20% se ubica dentro del sector terciario (comercio y servicios) y 1% se dedica a otras actividades. La actividad principal es la agricultura de temporal, realizada casi en su totalidad con métodos antiguos. Se siembra nopal, maíz, frijol, alfalfa, calabazas e higuera. La ganadería es de traspato, y se centra en la cría de gallinas de postura, vacas lecheras, cabras, borregos y cerdos.

En 1999, un par de mujeres que vivían en el pueblo, junto con algunos migrantes radicados en California, se organizaron para desarrollar una empresa que permitiera generar empleos en la localidad y así, frenar la migración. De este modo, con apoyo de los migrantes, de una asociación civil, y con premios ganados y préstamos de los gobiernos estatal y federal, comenzaron a trabajar. Eligieron el giro de comida orgánica (nopales, chocolate y mole). Dos características distinguen esta empresa. La primera es que los socios y las socias llevan a cabo todo el proceso productivo, desde el cultivo hasta la distribución. La segunda es que, si bien la mayoría de sus miembros son mujeres, hay poco más de una docena de socios varones, que no tienen voto ni pueden ocupar puestos directivos, pero que han decidido, a falta de empleo, y al no poder o no querer migrar, apoyar a

las mujeres. Éstas no han querido dejar el poder en manos de los hombres, entre otras cosas porque, para ellas, significa terreno ganado con mucho esfuerzo; es la empresa la que confiere respetabilidad, visibilidad y posibles ganancias. Para ellas, la empresa se vendría abajo si estuviera a cargo de los varones. Cabe señalar que, aunque se han consolidado y han logrado entrar a algunos mercados nacionales y estadounidenses, aún no han logrado generar ganancias de manera regular. El pago de los préstamos sigue siendo prioridad. Además de trabajar en la empresa, las mujeres venden nopales en el mercado de abastos de la ciudad de Oaxaca; los hombres trabajan en el campo, hacen eventuales trabajos de construcción, y algunos son músicos o carpinteros.

La participación en la empresa ha sido, para la gran mayoría de las mujeres socias, el disparador de importantes cambios en sus vidas. Por un lado, la promesa de poder ganar dinero, elevar su nivel de vida y frenar la migración de sus hijos y esposos, ha sido el principal motivador visible de su actividad. Por otro lado, innumerables experiencias han hecho que obtengan importantes beneficios no materiales. Muchas de estas mujeres se han capacitado en computación y contabilidad; han viajado a la capital del estado, a la ciudad de México y a Estados Unidos y Canadá para promover sus productos; han aprendido a negociar, a hacer trámites en instancias gubernamentales y a sortear diversas complicaciones que se generan en sus hogares a causa de sus distintas actividades. El hecho de que durante un tiempo diversos medios de información (prensa, televisión) nacionales y extranjeros hayan estado interesados en el desarrollo de la empresa, contribuyó a que las socias se vieran a sí mismas con nuevos ojos; una socia fundadora afirmó contundente: “somos el ejemplo para todas las mujeres de Oaxaca y de México”. Todo ello conforma un aprendizaje que las ha transformado y les ha permitido tener una visión de sí mismas más positiva; a muchas de ellas este aprendizaje las ha fortalecido frente a los varones que se resisten a aceptar los cambios que observan en ellas.

Los participantes de la empresa no responden a un único perfil. Hay una docena de socios hombres, la mayoría radicados en el pueblo. Algunos son solteros; de los casados, unos tienen esposas socias; otros, esposas fuera de la organización. Todos han sido migrantes. Las socias responden a un perfil muy variado. Las más jóvenes tienen entre 20 y 30 años; dos de estas jóvenes son solteras; otra es viuda con un hijo pequeño. Otras, de más de 30 años, están casadas y tienen hijos, tanto en edad escolar como mayores. Algunas de las mujeres casadas tienen esposo aquí; otras, esposo en Estados Unidos; algunas de ellas han sido abandonadas por su esposo migrante. Hay otro grupo de mujeres de más de 35 o 40 años que son solteras o viudas. De hecho, tres de las cuatro presidentas que ha tenido la empresa han sido mujeres sin pareja (dos solteras, y una casada con un migrante que nunca volvió). La actual presidenta está casada con un hombre que la apoya en su gestión, pero que a veces es violento. Varias mujeres con hijos mayores han sufrido la partida de los mismos; la mayoría de éstos no ha vuelto.

La escolaridad de las socias y los socios oscila entre cero y seis años de primaria. Muchos tienen sólo el primer año de primaria concluido y la mayoría son analfabetos funcionales. Sólo las jóvenes tienen más estudios. Sofía terminó el bachillerato y la carrera de enfermería; Flora tiene estudios de secundaria; Marisol tiene estudios técnicos en música; Rocío cuenta con secundaria.

Actualmente, la presencia de la planta procesadora de nopal significa, para miembros y no miembros de la misma, una posibilidad de reactivar la economía del lugar, de generar empleos y de mejorar las condiciones de vida de la población. En el interior, esta nueva forma de organizarse y de trabajar ha generado importantes cambios, no sin tensiones y conflictos, en las relaciones entre socias y socios, y entre socias y sus esposos que no pertenecen a la empresa. Las socias se reúnen para trabajar, tomar decisiones y limpiar la planta, varias veces

a la semana, y hasta altas horas de la noche. Algunas tienen que viajar y tomar cursos de capacitación. Para poder llevar a cabo estas actividades, requieren de apoyo familiar y, muchas veces, descuidan sus actividades domésticas. Varios esposos son apoyadores, equitativos y nada agresivos, sobre todo los más jóvenes. Sin embargo, algunos, aunque apoyen, son violentos. Cuando se enojan o se desesperan, golpean o amenazan a las mujeres, incluso a algunas que ya se han fortalecido. Por su parte, algunas mujeres han aprendido a poner límites a los varones violentos y, en algunos casos, han tenido éxito.

Hay un consenso con respecto a la disminución de la violencia en la comunidad y en las familias, a través del tiempo. Es común escuchar a las socias narrar hechos de violencia intrafamiliar en el pasado, y afirmar que, aunque sigue existiendo en el pueblo, ya cada día “se escucha menos”. Dentro de la empresa, son cuatro o cinco las parejas que tienen ese problema. Generalmente, las disputas son verbales, y las mujeres han logrado ganar espacios en ese terreno. Suelen relatar que sus padres se pegaban entre sí y le pegaban a los hijos, y que por eso ellos no son violentos con los suyos, “a menos que ya de plano hagan muchas travesuras, les damos con la varita”. También reportan muchos casos de violencia entre habitantes del pueblo que no pertenecen a la empresa.

EL ENTORNO DE LA VIOLENCIA HACIA LAS MUJERES

Es necesario partir de la constatación de que el género está presente en todas las esferas y niveles de la vida humana, desde la identidad hasta los sistemas de producción económica, política y social. “En tanto que sistema de relaciones sociales, el género atraviesa todas las demás relaciones sociales; en tanto que relación de poder, es constantemente renegociado y reconstruido” (Nadal 2001: 61). El género está presente en la estructura misma de las identidades y de los sistemas sociales. Es fundamento de todo orden social; está presente en los intercambios simbólicos, en las relaciones de producción y reproducción del capital simbólico. El matrimonio es su expresión por excelencia. En él, “las mujeres sólo pueden aparecer [...] como objeto o, mejor dicho, como símbolos cuyo sentido se constituye al margen de ellas y cuya función es contribuir a la perpetuación o al aumento del capital simbólico poseído por los hombres” (Bourdieu 2005: 59).

El sistema local de género establece espacios y funciones sexualmente diferenciados. La casa, espacio privado, y las funciones domésticas, son femeninas, mientras que los espacios y las funciones públicas son masculinas. En el pueblo, sin embargo, muchas funciones productivas y reproductoras son indistintas; es el caso, por ejemplo, del trabajo en la parcela (en los cultivos de traspatio), que tiene una finalidad productiva pero también de subsistencia, y que es llevado a cabo tanto por varones como por mujeres. Y desde hace algún tiempo, los espacios públicos empiezan a ser transgredidos por las mujeres que, a falta de proveedores (por ausencia del marido migrante o por desempleo del esposo) tienen que salir adelante ellas solas, ocupando espacios y funciones por costumbre masculinos (salir a trabajar, conformar organizaciones de apoyo a partidos políticos, establecer negocios, por ejemplo). Pero no sólo por eso estas mujeres, tradicionalmente reproductoras invisibles y desvalorizadas, han sido blanco de muchas agresiones. Es común escuchar historias en las que los varones son violentos con sus mujeres por las causas más inverosímiles (porque los vieron mal, por salirse sin pedir permiso, por chismes no confirmados). Por otro lado, algunas mujeres son golpeadas por sus maridos porque sus hijas se han portado mal (y las madres deben ser custodias de la integridad y el buen comportamiento de las jovencitas). Más aún, las mujeres, sumisas o no, ejercen diversas formas de agresión hacia los varones, como bromas o burlas, indiferencia, e incluso insultos.

Si bien, en muchos casos, la violencia intrafamiliar se asume como natural, también genera en algunas mujeres distintas maneras de rechazo. La experiencia vivida de la violencia en casa dio lugar, en la vida de varias socias (y de sus madres y hermanas), a dos fenómenos. Por un lado, si ellas fueron víctimas de padres violentos, tendieron a casarse muy pronto, a los 14 o 15 años, para salirse de casa.³ Por otro lado, si la madre fue la víctima del padre, las mujeres prefirieron no casarse, para no repetir la misma historia. Es el caso de Sofía, socia joven, responsable y estudiosa, que dice que se le quitaron todas las ganas de casarse nada más de ver cómo su padre ha tratado a su mamá; quizás sus deseos de seguir estudiando, de viajar y de trabajar de lleno en la empresa contribuyan a su negativa, dadas las condiciones de las mujeres casadas en el pueblo. Ella afirma contundente: “Me tocó la mala suerte de tener un papá presumido, agresivo, poco trabajador y mujeriego, y por eso mi negación a casarme”. También es el caso de Paz y de María, ambas socias maduras y solteras que, de pequeñas, presenciaron en varias ocasiones actos de violencia de parte del padre hacia la madre.

Dalia, socia de 38 años, casada con un hombre muy violento, enojado por la participación de ella en la empresa, reflexiona en torno a la violencia del marido y lo trata de entender como algo no natural, en el sentido de que no tiene que repetirlo con sus hijos: “Es que él es una persona que no escucha, no deja que le den unos consejos. Yo creo que sus papás... era muy grosero el abuelito, y les pegaba mucho a ellos, a la esposa, y por eso se traumó y eso es lo que ven. Pero yo le digo: Lo que te hicieron a ti no se lo vas a hacer a tus hijos”. Antes él golpeaba mucho a Dalia, que se dejaba “por ignorante”. En ella surge, como en otras socias, la idea de que la capacitación que han recibido por parte de las instituciones que apoyan a la empresa les ha cambiado la forma de pensar: ahora ya no se dejan, ya hablan, ya se enfrentan a los esposos.

Sobre el desplazamiento de la diferencia a la desigualdad, Bourdieu (2005) señala que, a través de los tiempos, se ha eternizado la subordinación a partir de una estructura de dominación masculina, con una lógica y estrategias propias de funcionamiento, asumidas tanto por el dominador como por el dominado, lo que permite y fomenta la omnipresencia de la violencia simbólica en el campo de la relación entre mujeres y hombres, ya que es una violencia ejercida con el consentimiento de la víctima; es por ello insensible y amortiguada. Por ello Bourdieu afirma que la dominación masculina es simbólica. La construcción de la diferencia desigual ha sido producto de un prolongado trabajo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social, que ha hecho, y esto es lo más interesante, que se vea como totalmente natural. Esto se debe a que hay una concordancia entre las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas, sin mayor conciencia de sus condiciones de posibilidad, y esa coincidencia absoluta es lo que le confiere legitimidad. Por ello, afirma el sociólogo francés: “La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla” (2005: 22).

En el entramado de la violencia doméstica, en el que se enlazan el miedo, la codependencia, el consentimiento y la gratificación por ser víctima, así como la sumisión aprendida, la denuncia es prácticamente inexistente. Nos comenta Rita, una socia abandonada y con dos hijos adolescentes, que casi no se denuncia la violencia en el pueblo. Las mujeres “[...] se quedan calladas, sobre todo por los demás, el qué van a decir, que por algo será que te pegó, que qué le hiciste. Si denuncian, lo hacen en Zimatlán”. Afirma que las leyes favorecen mucho a las mujeres si denuncian violencia ante el municipio. Hay un juez municipal (el síndico) que lleva los procesos y los varones violentos pueden llegar hasta la cárcel. Blanca, una socia muy fortalecida, afirma al respecto:

3 Ahora las muchachas del pueblo se casan entre los 16 y los 17 años. Hace poco, relatan, una muchacha se quería casar a los 14 años, y las autoridades no la dejaron.

Las mujeres demandan [al esposo violento] pero al poco rato ya están con él, y entonces la demanda ya no procede. A veces ni siquiera envían la demanda a Zimatlán porque saben que allá ya pierden (el proceso continúa y ya no para, como en Santa María). En Zimatlán allí sí o te compones, o vas a la cárcel. Parece que sí defienden a las mujeres las autoridades; sí hay apoyo, lo malo es que las mujeres regresan. No sé si será tanto amor que le tiene uno, o que se extrañan los golpes, o lástima, no lo puedo entender. Yo le digo a mi esposo: “Cuando no quieras vivir conmigo dime y ya, nomás te pido que me des una parcela de nopal donde está mi cuarto” (un cuartucho de lámina que está ahí), como mis padres son muy pobres no tienen nada, sólo donde viven. Y pues la casa la construimos entre los dos, es de los dos. Él está tranquilo, pero yo le digo: “El día que quieras...porque no todas se van a dejar, como quieras”.

Por su parte, Margarita, otra socia, dice que aún hay mucha violencia hacia la mujer, aunque ha disminuido: “En el tiempo de mi mamá era el doble”. Las mujeres no denuncian ser agredidas por vergüenza. En su caso, su marido (por cierto, muy solidario en asuntos de la empresa) le pegaba, ahora ya le pega menos; él ya se frena porque tiene más miedo, porque sabe que ella lo puede denunciar. La última vez que él le levantó la mano, ella le dijo que lo iba a denunciar y salió corriendo; en la noche volvió y le dijo que no lo habían agarrado: “Sólo te amenacé porque si te hubiera denunciado te hubieran atrapado”, le dijo ella. A partir de ahí, él ha comenzado a cambiar un poco. Parece ser que uno de los factores que impiden la denuncia de la violencia a las autoridades es la reputación; si denuncian, la gente se entera de la situación, el hombre se convierte en villano y la mujer en víctima fortalecida que no puede desdecirse y volver con él. Si lo hace, por debilidad, por los hijos, por “amor” o por presión, ella es quien queda mal frente a la comunidad. Como saben que es factible no sostenerse y permanecer lejos de la pareja, mejor se callan. Según Blanca: “las mujeres, de separarse se separan algunas, pero están siempre bajo el yugo [del hombre]”; en realidad, no logran separarse del todo, sostenerse en lo dicho, superar la pérdida, y hacer su vida por su cuenta. De este modo, ellas, sin saberlo, contribuyen a fortalecer, legitimar y reproducir la dominación masculina, consolidando su papel dentro del sistema.

En esa línea el caso de Dalia es significativo. A principios de 2008 se separó de su marido. Ella explica que se “desapartó” de su esposo por el trato que le daba; como él no le dejó la casa, ella se fue a casa de su suegra y cuñados que está cruzando la calle. Él no permitió que se fuera más lejos. Dejó al esposo porque su hija mayor regresó de Estados Unidos y cuando estaba aquí se peleó con su papá y éste la corrió. La hija, y no la esposa, que llega de lejos, es quien puede enfrentarse al padre, no su esposa. Dalia no dejó que se fuera sola, se fue con ella y con todos los demás. Los hijos de Dalia no quieren a su papá; la menor, de 14 años, es la más resentida y enojada de todos ellos. Sin embargo, Dalia afirma que ellos quieren regresar a su casa porque la extrañan, y que “por ellos” va a regresar, y de ahora en adelante ya no va a hacerle caso al marido. El caso de Dalia ejemplifica la imposibilidad de las mujeres de dejar definitivamente a sus esposos, hasta en los casos en que el varón ha dejado de ser el proveedor y que no ha dejado de ser violento con todos los miembros de su familia. Respecto da la situación de Dalia, Blanca piensa que debe irse lejos y no regresar:

La comida no puede faltar pero un hombre sí, se puede vivir sin un hombre, pero sin comida no. Para mala vida, mejor estoy sola. “El día que quieras, nomás háblame derecho y ya”. A mí no me pasaría eso porque no me dejó. Yo lo boto. Conmigo no va a jugar. Una cachetada me dio una vez pero con ésa bastó. Mi esposo se fue al norte desde que los niños eran pequeños y estuvo yendo y viniendo y una vez se fue cuatro o cinco meses y no volvía y no mandaba dinero, entonces yo hablé con él y le dije: “Si te vas, pues que te quede claro, nada a medias, si te vas, te vas, pero que quede claro”. Y regresó.

INFIDELIDAD, DESACATO Y PERMISOS

Tanto mujeres como hombres se encuentran sujetos al sistema de género, que impone representaciones hegemónicas que presionan, limitan y norman a los individuos, y les imponen maneras de ser y de estar en el mundo. Los varones responden, en mayor o menor medida, desde su socialización más temprana, a un ideal masculino vigente en su sociedad. Este ideal se inscribe, en los hombres, en sus maneras de ser, de comportarse, de asumir el cuerpo y las emociones, de pensar el mundo y pensarse a sí mismos. Lo masculino se define como lo no femenino, en la medida en que esta categoría, en muchas culturas, se liga a lo pasivo, lo emocional, lo natural (o la naturaleza), lo débil, lo privado, frente a la categoría de lo masculino como racional, público (visible, político), activo, fuerte, ligado a lo cultural, a la civilización, a lo social. En ese sentido, de un modo similar a Bourdieu (2005), Seidler (2000) afirma que la razón, a diferencia de las emociones (que son dominio femenino), es impersonal, y objetiva. Es por ello que “[...] el funcionamiento de la masculinidad en la modernidad ha permanecido invisible porque los hombres dominantes han aprendido a hablar con la voz imparcial de la razón” (2000: 167). Los hombres asumen que tienen la razón, esa razón que es autoridad que no pertenece a nadie en particular, que no es personal. No obstante, esta cualidad racional “intrínseca” se acompaña de fuerza, valor, poder, competencia, que hace que no siempre las conductas masculinas sean “racionales”: conductas de riesgo, violencia, estrés laboral, son rasgos del actuar de muchos hombres. Este hecho los coloca en una posición vulnerable y genera situaciones de agresión sistemática que afectan principalmente a las mujeres.

Esta voz imparcial de la razón, dentro del sistema patriarcal, también aparece en instituciones como la Iglesia. En la reproducción de prácticas sociales, ésta juega un papel fundamental, sobre todo en su modalidad de regulador moral de los comportamientos sociales (y de las conciencias). Si bien no fomenta la violencia de género, tampoco ayuda, al menos en algunos casos, a eliminarla. La madre de Paz, después de ser violentamente golpeada por su marido, por una supuesta infidelidad de parte de ella, fue con el padre de la iglesia, que le dijo que si era mentira, todo caería en su lugar y el marido comprendería, pero, le dijo: “Si tú tienes la culpa, así no se puede... le vas a jurar a Dios que nada es cierto, pero eso sí, si tú tienes la culpa, a ti te va a caer”.

Ligado al poder de la Iglesia y de la religión, y como expresión de la voz imparcial de la razón masculina, se da otro fenómeno, el de la legitimación del uso de la violencia para hacer respetar las “leyes de Dios”. Así, hay casos de violencia física del marido hacia la esposa, legitimados desde una moral religiosa. “Como no sigue el camino de Dios, tengo que hacerle entender”, afirma Rodrigo, un socio violento con su esposa. Este razonamiento tiene que ver con una configuración de la realidad en tanto oposición entre la “vida de desastre” y la “vida de respeto”, en la que la primera es la forma de vida disipada, inmoral, relajada, que llevan quienes están alejados de Dios y de la Iglesia, en la que cometen toda clase de faltas a la moral, como la infidelidad. En cambio, la “vida de respeto” es una vida decorosa y cercana a los principios religiosos, y fuertemente centrada en la familia, como valor incuestionable. Si se tiene, entonces, la razón, es decir la razón de Dios, el fin justifica los medios, y utilizar la violencia es válido, e incluso, benéfico, como en la Inquisición.

La infidelidad, y los celos que la acompañan, es el gran fantasma disparador, en muchos casos, de la violencia hacia las mujeres (con o sin alcohol de por medio). Y esto sucede tanto en hombres como en mujeres. Beto, socio hermano de Rodrigo, narra cómo una vez que, un poco tomado, saludó a una vecina (“que se da gusto con todos, menos conmigo”), su esposa tomó un cuchillo y en un ataque de celos corrió a “matarla”. Él la detuvo, y después de una “cueriza para hacerla entrar en razón” se reconciliaron. En este caso, la posible infidelidad de él fue el disparador inicial de la violencia, pero es más común que los hombres sean los que

Ligado al poder de la Iglesia y de la religión, y como expresión de la voz imparcial de la razón masculina, se da otro fenómeno, el de la legitimación del uso de la violencia para hacer respetar las “leyes de Dios”

alegan infidelidad de sus mujeres para ejercer coerción. Hay un constante temor en los hombres y en las mujeres a la infidelidad de sus parejas. En Santa María, varias mujeres afirman que el problema de que el esposo migrante se vaya con otra mujer (lo cual suele ser común) es que deja de mandar dinero. Más allá de toda consideración moral, afectiva o romántica, la infidelidad implica un problema económico. Del mismo modo, para los varones, la infidelidad femenina puede tener un componente económico también. Bellato (2001: 309) encuentra que: “Los varones enfatizan el interés económico de las mujeres como justificación de la infidelidad femenina, intentando con ello desconocer la importancia del placer erótico afectivo de ellas”. Así, la infidelidad femenina puede ser consecuencia de la falla del hombre como proveedor; la mujer puede sentirse atraída por un mejor proveedor. A esto se añade el hecho, arraigado culturalmente, de que la mujer es propiedad del hombre, es un objeto (entre otras cosas, sexual), así como la idea de que la infidelidad es pecado. La angustia y el temor de no poder ser proveedor, o no serlo de manera efectiva, se cristaliza en el temor ante la infidelidad femenina (real o supuesta) y el temor se convierte en ira, y la ira en violencia. Como veremos más adelante, este hecho es fundamental para entender la violencia en contra de las mujeres emancipadas por medio del trabajo.

Una categoría central en el discurso de los entrevistados, y que juega un papel fundamental en sus dinámicas de pareja, es la “confianza”, vinculada al fantasma omnipresente de la infidelidad. Llama la atención la enorme cantidad de alusiones, directas o veladas, a la infidelidad. La violencia de los hombres hacia las mujeres está casi siempre justificada por la posible infidelidad de la mujer (“seguro se fue con otro”; “anda con alguien de la asociación”).⁴ Para prácticamente todas las socias, la mejor manera de contrarrestar la posible violencia es la confianza, porque si existe, no tiene por qué haber celos. Mireya afirma al respecto: “[...] más que nada hay que hablar con la sinceridad de que las cosas no son como ellos creen, pues, y la confianza, más que nada, le digo a ellos, porque si hay confianza pues todo marcha bien, pero si hay pura desconfianza, pues no, porque como, por ejemplo, si va a salir pues ya se enojó que porque para qué fue, ¿no?”. Para Flora, Blanca, Ángeles, entre otras socias, la confianza va ligada al respeto; sólo así funciona una pareja. Sin embargo, como afirma Blanca, por una sola que haga malas cosas, ya les tienen desconfianza a todas, porque la desconfianza se contagia a los demás hombres: “Por algo será que no las dejan... y por una, las demás nos amolamos”. Cabe señalar que esta posición muestra cómo las mujeres pueden contribuir al estado de cosas impuesto por el sistema de género. Las socias piensan que la confianza es el elemento indispensable para que el marido las deje ser socias. Si el esposo está seguro de que su mujer “no va a hacer nada”, y confía, le da libertad.

4 Aquí se refieren a los funcionarios de la asociación civil que los apoya con capacitación. Es probable que los esposos de las socias se sientan inseguros ante hombres con otras cualidades, como puede ser el estatus socioeconómico, la educación, o el provenir de una ciudad, y seguramente tener más recursos económicos.

El enojo por la posible infidelidad femenina, y por cualquier tipo de desobediencia, tiene que ver con los permisos. En las sociedades tradicionales, el permiso, según una amplia bibliografía sobre el tema (Velasco 2002; D'Aubeterre 2000; Rosas 2006, entre otros), resulta un símbolo condensador de la autoridad masculina, que funciona independientemente de la edad, estatus o cualidades del varón. Al marido, al padre o, en su defecto, al hermano, la mujer le pide permiso para salir, para llevar a cabo cualquier actividad, incluso aquellas que entran en la lista de los deberes típicamente femeninos. Una entrevistada comentaba que su hermana fue violentamente golpeada por su marido porque ella no le pidió permiso, sólo le avisó, que iba a lavar al río, y que, a partir de ahí, ella quedó enferma. Pero en este asunto de los permisos empieza a haber un cambio entre las socias fortalecidas. Matilde, una socia, cuenta que antes de que existiera la empresa, las mujeres no hablaban con nadie, "andaban con la cabeza agachada, esclavizadas, solas y amargadas":

Yo antes estaba adentro de mi casa, mi esposo allá, y yo no abría la puerta, qué iba a estar saliendo a la calle sin el permiso de mi marido, y me urgía salir y no salía. El martes pagan y yo le tenía que avisar que iba a salir, "Tal día voy a ir de mi mamá, me voy a tales horas y regreso a tales horas", aunque no estaba acá, porque yo sé que el otro se va a informar, porque otros le dicen.

Ahora las cosas han cambiado, a fuerza de discusiones, de perseverar en los objetivos, de enfrentamientos a veces duros:

[...] mi libertad ya es más diferente, tomo mi propia decisión y hago algo aparte de él, y ya no estoy atada a mi pareja, a que él diga: "Pues así se va a hacer", ya no, ya ahora tomo mis decisiones, yo le digo: "Pues yo voy, tengo que ir, y te pido permiso, nada más tengo que ir y pido permiso porque yo me comprometí a ir". Hemos ido cambiando en la forma de ser.

Los tiempos están cambiando las prácticas, y aunque muchos maridos, sobre todo aquellos alcoholizados, seguirán ejerciendo violencia a causa de que no les piden permiso sus mujeres, la violencia física hacia éstas parece ir decreciendo, y dentro del ámbito de la empresa, resulta cada vez menos frecuente y cada vez más reprochable. Sin embargo, como se aprecia en el discurso de Matilde, el permiso continúa como parte de un ritual en el que, de fondo, juega la negociación; en ese ritual, el hombre sigue siendo la autoridad formal. Deferencia por el esposo, respeto, parte de la estrategia para poder ejercer una cada vez mayor libertad, es lo que implica el pedir permiso. También pedirlo posibilita sentar las bases y consolidar una cierta armonía familiar, así como poder contar con la garantía de que se tendrá apoyo y respaldo. Algunas socias, por temperamento o por experiencia de vida, optan por enfrentamientos más crudos y violentos, o bien por generar estrategias por medio de las cuales puedan abarcar tanto las responsabilidades de la planta como las del hogar. Lograr hacer lo que desean sin dejar de hacer lo que deben hacer: darle de comer al esposo, acompañarlo, y "ya que está contento", la mujer le avisa que se va a la reunión.

El autoritarismo, aunque ejercido por los padres, se liga más a los esposos que a otros hombres (como progenitores, hijos o hermanos). Para Lucía, que tiene dos hijos, que nunca se casó y que vive con su hermano, también soltero, las cosas son muy diferentes. Ella afirma contundente que se salvó de un marido, que "dicen que son golpeadores", que su hermano no le pega, la trata muy bien, "porque uno es de la misma sangre y se quiere uno".

Cabe señalar que el uso consciente de las virtudes morales convierte a las mujeres en capital simbólico que permite a las socias negociar permisos, lograr espacios propios, conseguir

dinero para aportar a la empresa, desplazarse solas, aún cuando no elimine la violencia hacia sí mismas del todo. Ese capital simbólico les da fuerza y reputación para lograr sus objetivos, no ser mal vistas y seguir siendo respetables a pesar de las nuevas prácticas; de ahí que se enojen cuando una de ellas no cumple con esos estándares de respetabilidad. Este uso de las virtudes femeninas como capital simbólico puede verse como una estrategia que pone de manifiesto la violencia simbólica imperante en el sistema local de género, así como de los mecanismos de las mujeres para resistir a la dominación, y lidiar con los temores y el enojo de los varones no proveedores.

EL EJERCICIO DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO Y LA MASCULINIDAD AMENAZADA

El modelo hegemónico de masculinidad se centra en el trabajo como otorgador de identidad (Seidler 2000); en la responsabilidad de ser proveedor económico para los otros; en poder controlar y dominar; en ser fuerte, apoyador, valiente y enfrentar riesgos; también el modelo incluye la idea de que los hombres no siempre controlan sus impulsos y que deben aprender a dominarlos, a no perder el control, a imponer la razón por encima de cualquier otra dimensión humana. Mientras deja que otros (en realidad, otras) le satisfagan ciertas necesidades emocionales o de cuidado de sí, el varón se dedica a satisfacer las necesidades materiales de los demás. Esto ha hecho que muchos hombres expresen sus afectos sólo a través de cosas materiales, o que consigan cercanía o afecto sólo por ese medio. Y que, si no cuentan con esa capacidad adquisitiva, se sientan fracasados, solos y aislados. Este hecho es central entre los habitantes del pueblo y entre los socios de la empresa. El desempleo generalizado, las casi nulas posibilidades de ganar dinero y de cumplir con el mandato masculino de ser proveedor (Rosas 2006), ponen en riesgo parte de la masculinidad de muchos hombres. De ahí que sea tan amenazante que las mujeres se fortalezcan, se independicen, provean a sus familias, tomen decisiones y dejen de depender de ellos. Si bien la mayoría de los esposos de las socias han asumido positivamente el cambio en ellas, no deja de ser difícil asimilar su nuevo papel, que no corresponde con el modelo aprendido e interiorizado en su proceso de socialización.

La representación social de la mujer, en este grupo, está en un proceso de transición gradual (Moliner 2002) en el cual se están incorporando nuevos elementos a partir de la consolidación de la empresa. A la representación social de la mujer que define a ésta como maternal, hogareña, abnegada, delicada y obediente, se han añadido elementos más emancipados: la mujer también es fuerte, luchadora, proveedora, valiente, responsable, capaz y comprometida. Aunque mujeres y hombres, en mayor o menor medida comparten esta nueva configuración de la representación social de la mujer, los varones aún están en un proceso de aceptación de los nuevos elementos mencionados. De ahí que aparezcan estrategias de afrontamiento simbólico, como el ejercicio de la violencia a causa de la infidelidad, que tiene dos funciones: defenderse del cambio amenazante y apoyarse en algo conocido (la infidelidad) para poder asimilar lo novedoso (la mujer más libre y autónoma, exitosa y reconocida por el grupo, además de potencial o real proveedora).

Rodrigo, socio del cual ya hemos hablado, cuya esposa también es socia, ha sido muy violento (física y psicológicamente) en las ocasiones en que ella se ha ido a reuniones de la empresa y se ha tardado más de la cuenta. Se enfurece cuando ella muestra indiferencia hacia él, cuando no le contesta o no hace lo que él quiere (como manifestaciones de violencia pasiva de parte de ella). Lo que Rodrigo siempre alega es que seguro ella anda con alguien de la asociación que los apoya. Estas manifestaciones violentas han sido reprobadas por parte de la organización de socias y de socios, y él ha tenido que frenarse un poco. Rodrigo

es, públicamente, “el” socio violento, pero hay otros socios, o esposos no socios, que ejercen violencia física y que son invisibles, porque las mujeres no creen necesario o prudente, hacer pública su vida privada.

Una estrategia de afrontamiento colectivo simbólico en los varones es asumir la infidelidad como causa real de la progresiva independencia de las socias. La infidelidad es algo que genuinamente amenaza al varón, pero es una amenaza “manejable”: se sabe qué hacer, cómo comportarse, en esos casos (usar la violencia, por ejemplo). En cambio, el varón no sabe cómo manejar la libertad de la mujer que no implica esta afrenta (infidelidad), y entonces lo incorpora a lo conocido en términos de infidelidad: si ella quiere libertad, seguro es porque me es infiel, de otro modo, ¿por qué se querría ir a sus supuestas reuniones? Los permisos cristalizan el poder de la dominación de los hombres. Hasta los maridos muy jóvenes, de menos de 20 años, dan o no dan permisos, y su palabra es ley. No he encontrado nadie en el pueblo, ni mujer ni hombre, ni joven ni mayor de edad, que cuestione directamente este hecho. Ante la amenaza, se niega el permiso, y si la mujer de todas maneras se va, el recurso a la mano es la violencia. Los permisos, que siguen acatándose, pueden entenderse como una estrategia de acomodación, es decir de ajuste, ya que con ellos logran obtener la libertad que necesitan para trabajar por medios tradicionales, que disminuyen la amenaza y el riesgo de violencia. Además, de este modo le muestran respeto al matrimonio y a la familia, valores importantes para ellas, y sientan las bases para una negociación que busca poder ser equitativa.

La envidia que alguien puede sentir por el bienestar o la abundancia de otro, es suficiente motivo para generar intrigas respecto a una supuesta infidelidad de la esposa, que a su vez es suficiente motivo para disparar ejercicios de severa violencia hacia la misma. Este hecho, con toda seguridad, no es nada nuevo, ni en sociedades modernas ni en tradicionales, ni en comunidades rurales ni en urbanas. Lo interesante, aquí, es que la infidelidad se convierte en el pretexto para poder lidiar con acontecimientos novedosos, como es el caso de la repentina y creciente libertad de las socias. Y si el temor del varón a la infidelidad femenina es temor y angustia ante la imposibilidad de proveer, dicho miedo se actualiza y se potencia ante la mujer empresaria. Mujer fortalecida es igual a mujer infiel, porque ambas se salen de control y amenazan el modelo masculino hegemónico.

Algunos maridos se han dado cuenta de que si se involucran, pueden comprobar que sus esposas no están faltando a sus votos de fidelidad. Sin embargo, para algunos, el poder recurrir al pretexto de la infidelidad les permite afrontar algo mucho más amenazante, que es real y efectivo: la creciente independencia y el fortalecimiento de las mujeres, que ya no tiene regreso. Por otra parte, así como el elemento más amenazador en este momento para los hombres es la creciente libertad e independencia de las mujeres, y, concretamente, la posibilidad de que se conviertan en las proveedoras, la incapacidad de ellos de ser proveedores ha contribuido a que varias mujeres se fortalezcan y le pongan límites a los hombres. Ser proveedora frente al no proveedor es el eje de fortalecimiento de muchas mujeres.

El esposo de Dalia no la deja trabajar en la empresa, pero a la vez no es proveedor y, con siete hijos, ella vive en la desesperación. El marido, ante sus ojos, se convierte en “macho” violento y no cumple con sus obligaciones de “hombre”. Para Dalia, macho y hombre son cosas distintas. Ella se apega al ideal de hombre responsable y proveedor (estereotipo positivo o ideal) que su esposo no cumple, y repudia al macho, desviación del ideal masculino (estereotipo negativo). Esta relación de pareja expresa una paradoja central en la transición que están viviendo muchas mujeres, en diversos contextos. Dalia afirma que su esposo, muy apegado a la tradición, la quiere tener en la casa, sin trabajar fuera, y no le da permisos. Se genera, entonces, una paradoja en la que él no está de acuerdo en que trabaje fuera (por una remuneración) ni tampoco está conforme con que sólo haga los trabajos de la casa. Este malestar se enmarca en una situación en la que ella lleva casi toda la carga de los gastos;

él trabaja muy poco o nada. Ella se enoja y se indigna, porque la actitud del esposo no sólo la perjudica directamente, sino que atenta contra su idea de lo que debe ser un hombre. La idea del hombre como proveedor y como trabajador es centro de la representación social del hombre, pero como este centro está en muchos casos en crisis, “ser proveedor” se convierte en un valor incuestionable, que puede ser expresado tanto por hombre como por mujeres. Dalia narra:

Y le dije: “Si tú te quedaras con mis hijas no sirve quedarse con ellas, porque, a ver, cuando no tienes dinero, ¿a poco agarras tu bolsa de nopal y te vas al mercado a vender?, ¿acaso lo vas a hacer? Yo sé que tú te crees muy hombrecito pero no lo haces, una mujer tiene mucho valor de hacer las cosas y salir adelante con los hijos, pero un hombre, que queda ahí nada más, o agarra el vicio ...”

Sin embargo, ella acepta que existen otros hombres que cumplen con lo que debe ser un varón, es decir, son proveedores y soportes de sus familias. Ella continúa: “Tú nunca vas a salir adelante porque si fueras un hombre que le luchara no estaríamos así, ‘a ver, si no tengo trabajo, pues busco otro trabajo para salir adelante’, porque un hombre tiene la obligación de traer dinero a la casa”.

La representación social tradicional y hegemónica del varón, en este grupo, se centra en la función de proveedor, además de tener a la fuerza física como un componente central. Los elementos negativos son el ser macho y violento. A partir de la dinámica de la empresa y de su influencia en los hogares de los socios y socias, nuevos elementos se han incorporado a esta representación, a saber: el ser solidario, apoyador, equitativo, buen padre y no violento. También sobresalen elementos negativos que tienen que ver con el ser flojo o no tener autoridad. Los nuevos elementos representacionales no invalidan a los anteriores, sino que se añaden y hacen más compleja la representación. De este modo, que un hombre sea proveedor sigue siendo valorado, pero también que sea apoyador si su esposa es la que tiene la posibilidad de conseguir recursos económicos para subsistir.

CONCLUSIONES.

LOS CAMBIOS EN LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA VIOLENCIA

Por una parte, así como las mujeres argumentan que los hombres son violentos por el alcohol, los hombres a su vez argumentan que ellos son violentos porque las mujeres son infieles. Aquí, infidelidad y alcoholismo son causas aparentes, percibidas, imaginadas, de la violencia de género, y ambas ocultan las verdaderas causas de la misma. Son estrategias de afrontamiento colectivo para tratar de entender y asimilar la violencia hacia las mujeres. Sería más duro, para una mujer, asumir que el marido puede ser violento sin alcohol de por medio o, para un hombre (para estos hombres), que se puede ser violento con una mujer que no ha sido infiel (ni ha cometido falta alguna en esos términos). Parecería, por lo tanto, que existe ya en algunos hombres algo de conciencia asumida de que es válido que la mujer se libere un poco más, que trabaje, se fortalezca, en la medida en que hay que echar mano de la supuesta infidelidad para justificar la violencia en contra de ella. Ninguno de estos hombres puede justificar, sobre todo ante los demás, su propia violencia a causa de que la mujer se reúne con otras mujeres para trabajar. Sí, en efecto, hay socios que se enojan porque, a causa de las reuniones, las mujeres descuidan la casa o los hijos, porque se tardan mucho, en fin, pero en ningún caso eso desencadena actos violentos. Esa incongruencia habla de una conciencia incipiente que puede dar lugar a la aceptación del desarrollo de las mujeres.

Por otra parte, encontramos que es más fácil lidiar con la infidelidad que con el fortalecimiento. La infidelidad es dolorosa pero conocida, además de que, dentro del sistema local de género, autoriza la violencia hacia la infiel. Los discursos oficiales que han incorporado algo del enfoque feminista y de género han sido interiorizados en la representación de la mujer que tienen estos hombres, y eso hace que no se pueda justificar la violencia por el cambio que muestran las mujeres.

Lo que resulta más amenazado es el rol de proveedor y de tomador de decisiones, evidenciado por la infidelidad y por la emancipación. Si, además, existe el fantasma de la infidelidad, el varón se ve profundamente vulnerado. Infidelidad y fortalecimiento son amenazadores de la masculinidad, de la detención de la “razón” neutral e impersonal, del control, la fuerza y el dominio. Ha habido una transformación en el sistema de representación de la mujer, al haberse incorporado elementos de la mujer emancipada y proveedora. Asimismo, la representación de la violencia de género está cambiando también, ya que se ve cada vez menos como algo natural. Discursos sobre la equidad, la comunicación, la educación de los hijos, así como la realidad crítica en el ámbito laboral y el desempleo (que desarma a los hombres), han cuestionado la viabilidad de la violencia hacia la mujer (y hacia los hijos). Las representaciones sociales del hombre y de la mujer están cambiando y, con ello, se están redefiniendo sus relaciones sociales y de poder, así como sus subjetividades.

No hemos querido mostrar que el fortalecimiento de las mujeres produce violencia de género, ello es ya sabido y ha sido observado en muchos contextos, incluso en algunos en los que las expresiones de dicho tipo de violencia han llegado al extremo del exterminio (piénsese, por ejemplo, en las mujeres de Juárez). Lo que hemos querido enfatizar es que la razón para justificar la violencia de género, en este caso que nos compete, es la razón tradicional, la infidelidad. No es posible que un hombre afirme que golpea a su esposa porque trabaja, porque se va a una reunión, porque gana dinero; pero sí porque le es infiel. La infidelidad atenta contra valores religiosos, morales y sociales.

Las socias y los socios ya empiezan a ver la violencia de género como irracional, absurda, como expresión de debilidad, como intolerable. Ellas siguen en un proceso de fortalecimiento que a veces parece debilitarse porque todavía no tienen ganancias económicas estables, sólo la expectativa de las mismas, que ha mantenido a socias y socios, durante años, en una condición incierta dentro de la empresa y con respecto a sus parejas y a la comunidad. Empoderarse o fortalecerse sin beneficios no convence ni a los hombres ni a las mujeres; aun así, continúan en la lucha por lograrlo. Y no hay que olvidar que ese fortalecimiento sigue siendo principalmente el producto de la necesidad, que las ha orillado a buscar opciones de supervivencia, y que en un segundo momento se ha revestido de discursos y opciones de fortalecimiento. En lo que respecta a ellos, actualmente transitan por una situación extremadamente complicada, pisando un terreno nuevo, que no los hace protagonistas ni les hace justicia en el reconocimiento por su esfuerzo, también sin salidas y sin opciones de supervivencia, y en la resistencia para lograr no perder todo el terreno ganado por muchas generaciones de varones.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIC, Jean-Paul 1994 – *Prácticas sociales y representación*. Ediciones Coyoacán, México.
- BANCHS, María Auxiliadora 1990 – Representaciones sociales, memoria social e identidad de género. *Memorias del Simposium El género renovando a la psicología*: 1-15. Caracas.
- 2000 – Aproximaciones procesuales y estructurales al estudio de las representaciones sociales. *Papers on Social Representations*: 9 (1-15). Linz.
- BELLATO, Liliana 2001 – “Representaciones sociales y prácticas de hombres y mujeres mazahuas sobre la sexualidad y la reproducción”. Tesis de maestría en antropología social. CIESAS, México.

- BOURDIEU, Pierre 2005 – *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona.
- D'AUBETERRE, María Eugenia 2000 – Mujeres y espacio social transnacional. En Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen (coords.), *Migración y relaciones de género en México*: 63-85. GIMTRAP/UNAM-IIA, México.
- FUREDI, Frank 1983 – *Culture of Fear*. Continuum, New York.
- GUIMELLI, Christian 2004 – *El pensamiento social*. DGAPA/Ediciones Coyoacán, México.
- JIMÉNEZ, Lucero 2003 – *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. CRIM, México.
- JODELET, Denise 2003 – Representaciones sociales: contribución a un saber sociocultural sin fronteras. En Denise Jodelet y Arturo Guerrero (coords.), *Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales*: 7-30. UNAM, México.
- LAMAS, Marta 1997 – *El género: la construcción de la diferencia sexual*. PUEG/UNAM/Porrúa, México.
- LÓPEZ LEVI, Liliana 2008 – Espacio, imaginarios y poder. En Ignacio Gatica Lara et al. (coords.), *Poder, actores e instituciones*: 255-281. Eón/UAM Xochimilco, México.
- MOLINER, Pascal 2002 – Une approche chronologique des représentations sociales. En Pascal Moliner (comp.), *La dynamique des représentations sociales*: 245-268. PUG, Grenoble.
- NADAL, Marie-José 2001 – *Les mayas de l'oubli. Genre et pouvoir. les limites du développement rural au Mexique*. Les Éditions Logiques, Montréal.
- ROSAS, Carolina 2006 – "Varones al son de la migración. El papel de la migración internacional en la configuración de la/s masculinidad/es: estudio cualitativo en una localidad veracruzana y en Chicago". Tesis de doctorado. El Colegio de México, México.
- SEIDLER, Víctor 2000 – *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. Paidós/UNAM/CIESAS/PUEG, México.
- STEPHEN, Lynn 1993 – *Zapotec Women*. University of Texas Press, Austin.
- VARGAS ISLA, Lilia Esther 2002 – El miedo entre los cuerpos. En Isabel Jáidar Matalobos, *Los dominios del miedo*: 165-185. UAM Xochimilco, México.
- VELASCO, Laura 2002 – *El regreso de la comunidad: migración indígena y agentes étnicos. Los mixtecos en la frontera México-Estados Unidos*. El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, México.
- WAGNER, Wolfgang 1995 – Description, Explanation and Method in Social Representation Research. *Papers on Social Representations* 4 (2): 1-21. Linz.